



La constelación invisible: mito y protopolítica en el surrealismo

Dr. Adrián Alejandro Meraz Rodríguez
Universidad Juárez del Estado de Durango
Licenciatura en Filosofía
adrianmeraz078@gmail.com

Sección: Miscelánea

Recibido: 14 agosto 2024 / Aceptado: 28 agosto 2024 / Publicado: 6 feb. 2025

Y no queda ninguna duda de que, junto con los ritos del hombre primitivo, la preocupación del surrealismo fue encontrar, por fuera de la actividad técnica que pesa sobre las masas humanas actuales, ese elemento irreductible por el cual el hombre sólo puede asemejarse perfectamente a una estrella.

Georges Bataille

André Breton inicialmente concibió el surrealismo como un movimiento intrínsecamente político al afirmar: “la reivindicación surrealista es en sí política.” Durante el período 1925-1935, esta orientación se centró en la política organizada, culminando en lo que el propio Breton describió como un fracaso. Por un lado, nunca se logró un entendimiento entre las intenciones políticas del surrealismo y las del comunismo. Por otro, se consolidó la convicción de que las explicaciones económicas e históricas resultaban insuficientes en ese momento. El legado de la Guerra y el ascenso del fascismo, además de resistirse a una explicación que permitiera prevenirlos, pusieron sobre la mesa la cuestión de pensar la posibilidad de una política futura y las formas que pudiera adoptar.

La ruptura de Breton con la política instituida no significó la negación de sus posibilidades para la existencia concreta, las intenciones políticas son redirigidas de los sistemas políticos definidos por la razón –capitalismo, comunismo y fascismo– hacia las comunidades que se

sustentan en perspectivas míticas: –los hopis y los zuni en Norteamérica, la sociedad utópica de Charles Fourier, los celtas–. Este nuevo direccionamiento de intensiones refleja un intento por explorar modelos sociales fundamentados en creencias míticas, en lugar de los análisis económicos y políticos convencionales.

Tras el fracaso que significó la alianza con el comunismo, el surrealista postula la necesidad de crear las condiciones para el descubrimiento de un “nuevo mito” que funcione como catalizador para los deseos de transformación radical del hombre y que tome el lugar del interés centrado en la acción colectiva organizada, típicamente representada por los partidos políticos. Este cambio está determinado por el cuestionamiento del sentido social del mito. En los “Prolegómenos a un tercer manifiesto o no...” (1942), Breton escribe: “¿Qué cabe pensar del postulado ‘no hay sociedad sin mito social’, y hasta qué punto podemos elegir o adoptar o imponer un mito, refiriéndolo a la sociedad que nosotros juzgamos deseable?” (Bretón, 1980, p. 318).

Para el surrealismo, las creaciones míticas y utópicas –al igual que los sueños y la poesía– expresan el deseo de forma libre en el hombre, y frecuentemente son desplazados por lo que se considera racional. Ante la derrota de la política tradicional la alternativa del mito parece más auténtica en tanto los anhelos que comunica (el de la libertad, en primer lugar) no son únicamente individuales, sino que se extienden a la sociedad en su totalidad –e incluso a toda la humanidad–. Los mitos –al igual que los sueños y el arte– develan aspectos de la mentalidad primitiva y ponen en evidencia las deficiencias del presente en que las personas viven, de ahí la necesidad de su recuperación bajo una forma nueva que logre oponerse efectivamente al espíritu general de destrucción. Al respecto, Max Ernst escribe:

¿Por qué rechazar la búsqueda en los poemas, en los artistas de hoy en día, lo que se ha encontrado siempre en sus predecesores? ¿Por qué su evolución no traduciría en lenguaje cifrado pero descifrable, lo que *debe* ser, lo que *va* a ser?... no puedo concederos que la mitología sea sólo el *relato de los hechos de los muertos*. (Durozoi y Lecherbonnier, 1976, p. 250)

En la mitología surrealista se proponen dos mitos para contrarrestar de forma específica la razón dominante que ha devenido en destrucción. El primero es el de Melusina, que simboliza una visión opuesta a la del hombre que ha perdido la fe en la mujer. El segundo es el de los “grandes transparentes”, que expresa un argumento contra el antropocentrismo.

Como “portadora del agua y del renacimiento”, Melusina se presenta como la antítesis de la psicología masculina predominante, que se considera como principal determinante del espíritu de destrucción, y por tanto, causa de la desesperanza posterior. En este contexto, Melusina representa una alternativa vital para superar la crisis de futuro y abrirse al misterio de nuevas posibilidades. Para Breton, la mujer se encuentra en un estado más cercano a la naturaleza dado que el hombre en su afán de someter y utilizar a la realidad la ha subordinado a su dominio, por ello es necesario que el nuevo mito parta de la recuperación de una realidad que existe y que históricamente ha existido efectivamente, pese a la dominación masculina.

El surrealista reflexiona desde el mito la posición del hombre en el universo y plantea que el ser humano quizá no sea el centro o el punto de mira del universo como lo ha hecho creer su pretensión de poderío. Sugiere que podrían existir seres más avanzados en la escala animal, cuya conducta resulte tan extraña para nosotros como la nuestra puede serlo “para una ballena”, argumenta que no es forzoso pensar que estos seres se escapan por completo a nuestro sistema de referencia sensorial, posiblemente gracias a algún tipo de camuflaje. Considera que esta idea, respal-

dada por la teoría de la forma y el estudio de los animales miméticos, es perfectamente plausible.

En este contexto, Breton resalta las limitaciones humanas frente a fuerzas mayores y que pese a los esfuerzos de la razón convencional siguen representando un misterio. Considerando las perturbaciones que produce un ciclón, frente a las cuales el hombre se ve impotente, comportándose únicamente como testigo o víctima, y las perturbaciones de la guerra, sobre las cuales los puntos de vista han sido notoriamente insuficientes, sugiere que no sería imposible imaginar la existencia de estos entes. En el curso de una vasta obra, presidida por la inducción más osada, podríamos aproximar y hacer verosímil la estructura y constitución de estos seres hipotéticos, finalmente, sugiere que estos seres se manifiestan de manera oscura cuando sentimos miedo o nos domina el sentimiento del azar.

Estas figuras míticas serían la expresión de fuerzas (de la misma naturaleza que lo inconsciente) que rebasan las facultades de conocimiento consciente en tanto son manifestación de una realidad más amplia que la determinada por el antropocentrismo, y cuya creencia devuelve al hombre a una perspectiva más auténtica de la vida, caracterizada por un desplazamiento en el que deja de ser el “punto de mira” racional del universo y se convierte en un “punto sensible”.

El mito, tal como se presenta, no busca en su sentido inmediato establecer una realidad verificable, sino más bien mantener el pensamiento en constante movimiento frente a la rigidez de las certezas, especialmente aquellas derivadas de la lógica o el positivismo. En lugar de ser una creencia fija impuesta externamente a la conciencia humana, el mito de los “grandes transparentes” debe entenderse como una hipótesis general que no puede ser comprobada empíricamente. El rechazo del antropocentrismo, al generar el efecto de extrañamiento que significa renunciar a la razón como principio de realidad, nos obliga a replantear nuestros sistemas de referencia.

Más allá de las formas específicas de los mitos de Melusina y de los grandes transparentes, incluso al margen de las interpretaciones de Breton al sentido social de los mitos, el propósito del surrealismo estuvo siempre motivado por fomentar un deseo de desplazamiento sensible y cuyo significado debe ser inventado individualmente por cada persona. El nuevo mito surrealista se presenta como un elemento dinámico y no dogmático. A diferencia de los mitos tradicionales, que tienden a ser fijos y autoritarios, el mito surrealista es flexible y se adapta a las circunstancias cambiantes. Esta movilidad permite que la comunidad surrealista evolucione y se transforme, evitando las restricciones de un sistema cerrado y rígido. El mito surrealista fomenta una comunidad abierta a la creación y al cambio constante, donde la libertad y la imaginación son los pilares fundamentales.

Para Breton, la revitalización del pensamiento primitivo, facilitada por el “desplazamiento sensible” que los descubrimientos surrealistas aportan sobre el mito, ofrece una vía para que el ser humano acceda a las fuerzas inexploradas del inconsciente y logre una revolución de la conciencia, y con ella de la realidad. En este contexto, se puede considerar que las intenciones políticas del surrealismo están orientadas más hacia los estratos profundos de la mentalidad que hacia la razón consciente que originó la noción de Política en la Grecia clásica y que sin embargo tiene su origen en las prácticas comunes de las sociedades primitivas, mismas que se sustentaban en el pensamiento mítico y que permiten pensar en la presencia de contenidos “protopolíticos” en el surrealismo.

De tal manera puede considerarse que la afiliación al comunismo representa la exploración de la política organizada por la razón mientras que otras actividades como las sesiones con médiums y sueños inducidos, las deambulaciones, los rituales y sobre todo, el vínculo persistente que unió a sus miembros –más allá incluso de su pertenencia al núcleo ortodoxo encabezado por Breton–, muestran los descubrimientos en

torno a una forma de organización comunitaria que no se explica desde la tradición racionalista griega. La comunidad surrealista debe entenderse como una forma de estar juntos fundada en una intención común de exponerse a los límites dictados a la realidad por las formas tradicionales de pensamiento.

El caso del surrealismo como una comunidad de hombres agrupados en torno a la búsqueda y experiencia de nuevos mitos para la sociedad actual fue objeto de reflexión para el filósofo Georges Bataille, en la conferencia “La religión surrealista” (1948). Ahí descubre una cohesión análoga al de la religiosidad primitiva en el grupo surrealista; la equiparación parte de que el surrealismo (al igual que las prácticas religiosas primitivas), busca la despersonalización y con ella el abandono de los objetivos mundanos –como el trabajo– que normalmente unen a la colectividad. Bataille sostiene que el movimiento surrealista se centra en la movilización sensible provocada por el mito y el rito, utilizando estos elementos para reunir a las personas en una experiencia compartida de una realidad más auténtica, en tanto integra lo que tradicionalmente ha sido desdeñado por la razón.

La singularidad del surrealismo, según Bataille, reside en el gesto –único en ese momento en occidente– de sobreponer la experiencia del instante a cualquier fin posterior. En ese sentido, considera que la práctica de la escritura automática representa un “acto de ruptura” con el mundo de la actividad técnica, similar a la separación que ocurre en la esfera religiosa respecto al universo profano, de tal manera, el posterior interés por el mito responde a una motivación persistente por el descubrimiento de experiencias mediante las cuales el individuo renuncia a las prerrogativas dictadas por el interés personal, y por tanto, a la diferenciación que en un principio lo separa de otros seres.

Si bien Bataille acepta la necesidad del mito manifestado en su presencia en el mundo contemporáneo –a diferencia de Breton que cree

que la prioridad para la sociedad es el descubrimiento de la forma de estos nuevos mitos–, el filósofo sostiene una “ausencia de mito”, en tanto considera como infranqueable la separación entre la mentalidad primitiva y la moderna. La “muerte de Dios” nietzscheana anuncia la imposibilidad de la existencia del mito en formas definidas, lo que persiste es su necesidad, y con ella el deseo de los hombres a reunirse en torno a ella, revelada en el vacío que ninguna de esas formas agota, de ahí que Bataille proponga el “mito de la ausencia de mito”: “La noche es también un sol’ y la ausencia de mito es también un mito: el más frío, el más puro, el único verdadero” (Bataille, 2001, p. 196).

La afirmación radical de esta ausencia hace imposible pensar en un principio común para la comunidad, mas no en la comunidad, de ahí que Bataille deduzca como condición necesaria para una sociedad heterogénea la ausencia del principio de comunidad.¹ Breton negó siempre esa ausencia contraponiendo la creencia de que el mito encontraría necesariamente expresión en la imagen poética producto de la imaginación libre, y que, en ese sentido, serviría de modelo para el desplazamiento de la consciencia que llevaría a los hombres a encontrarse en esa búsqueda común.

Este afán de visibilidad determinó la acción política en tanto ésta siempre estuvo orientada hacia el fin determinado por la prerrogativa de “cambiar la vida, transformar el mundo”. A la pregunta sobre la posibilidad de pensar desde la política el devenir del mundo el surrealismo respondió “visiblemente” desde la política e “invisiblemente” desde la protopolítica; la primera respuesta se enfrentó a la incompatibilidad, la segunda constituyó el principio de una comunidad que sigue manteniendo su poder de atracción.

La comunidad heterogénea, surgida de esta disposición común a la ausencia, supera las barreras del lenguaje convencional y las categorías

1. Idea que encontraría eco en las reflexiones de Maurice Blanchot (“La comunidad inconfesable”) Jean-Luc Nancy (“La comunidad desobrada”) y Giorgio Agamben (“La comunidad que viene”).

sociales propias de la política. En tanto los seres se relacionan mediante vínculos prelógicos, esta comunicación apunta a la indiferenciación, sugiriendo un estado de inmanencia donde las diferencias individuales se disuelven en una experiencia compartida de ruptura del límite entre la humanidad y el resto del mundo; ese acto de ruptura –primer y último propósito del surrealismo– constela en torno a sí a los seres que, abandonada su condición de hombres, se asemejan a una estrella.

Referencias

- André Breton. (1980). *Manifiestos del surrealismo*. Guadarrama.
- Bataille, G. (2001). La ausencia de mito, en *La felicidad, el erotismo, la literatura, ensayos*. Adriana Hidalgo Editora.
- Durozoi, G. Lecherbonnier, B. (1976). *André Breton, la escritura surrealista*. Guadarrama.